

# La Ruta

Luca J. Fagalde



# Capítulo 1

## La Ruta

La noche es dura y fría cual hierro férreo. La mochila de camping intenta, lastimosamente, compensar el abrigo ligero que llevo puesto, que por alguna razón pensé que sería buena idea.

Viendo el viento, la ruta a mi lado y el eterno campo que me rodea, pienso... Maldito sea yo por la camperita y maldita sea mi costumbre de salir del auto estando a dos horas de los moteles.

No es algo que no tenga solución, es fácil de hecho, pero mi suerte es que, siendo tan buena como yo, no ha pasado ni bendito auto por acá durante la hora y media que va desde que me alejé del último motel.

El único ruido de fondo que hay son puros grillos y corrientes de aire. Hasta que me doy vuelta al ser complacido con la hermosa melodía de llanta contra asfalto. Al ver un par de luces, hice dedo para ver si frenaba, cosa que la amable conductora del Cronos hizo al llegar a mi lado.

Así de fácil se arregla. *Pobre gil*, pero ojo, muy buen auto.

Al arrimarse, se estiró y bajó la ventanilla derecha.

“¿A dónde va?” La mujer, algo mayor a mí, preguntó.

“Al motel más cercano, siguiendo por acá.”

Cerrando y asintiendo, desbloqueó la puerta del Fiat, invitación que acepté de una. Me saqué la mochila, preguntando si la dejo en el baúl. “No no, está lleno.” Me dijo, sacudiendo la cabeza y señalando la parte de atrás. Terminé poniendo la mochila ‘elegantemente’ ahí, justo a sus espaldas. Apenas cerré la puerta, la mujer arrancó el auto.

Ella parecía de mediana edad, de ir al gym, con pelo negro en rodete y par de jeans negros con un buzo azul oscuro y borcegos.

“Usted es porteño, ¿No?” Me preguntó, ojos negros viendo al frente.

Asentí. Acá el porteño destaca, es como un elefante en medio de la General Paz.

“Si no le molesta que pregunte, ¿Qué hace acá?”

“Terminé la facultad, pensé que tomarme un tiempo para hacer algo de

'mochilerismo' con la gita que ahorré sería un buen descanso."

Me ojeó con curiosidad por un instante, luego siguió mirando la ruta. Estiró el brazo, encendió la radio y puso una estación, que por la velocidad con la que la encontró, debe ser frecuente. Un destello en su muñeca izquierda me llamó la atención, pero no comenté nada, simplemente me saqué los guantes y bajé las manos a mi regazo.

"Me llamo Andrés." Le dije sonriendo.

"Paulina, un gusto." Asintió con la cabeza.

Comencé a tararear la música de la radio, viendo por la ventanilla al campo. Si no recuerdo mal, debería andar como dos horas y media del pueblito más cercano. De la periferia ví a la mujer mirarme fijo, ni me molesté en verla bien, pero se quedó así un buen rato. Lo repitió cada tanto, jamás le preste atención a eso en específico.

Al pasar la media hora, ya me aburrí.

"Che, ¿y vos sos de andar así en auto?"

"Varios parientes en distintas provincias, qué se le va a hacer." Comentó con un suspiro resignado.

Al final, sonreí y la miré con una expresión hueca.

"Y decime, *¿En ningún momento te dijeron que no se llevan objetos filosos en las mangas?*"

Me miró sorprendida por un segundo, luego se recompuso y volvió a ver el camino.

"¿Y a vos nene? *¿No te incomoda el bolsillo?*" Dijo, totalmente seria.

La verdad, empecé a reír. Al inicio no me entendió, luego sonrió, y antes de darnos cuenta, estábamos riendo a carcajadas. En tanto nos callamos, jalé la palanca del asiento; errándole a la hoja de doble filo, que terminó enterrada en la ventanilla.

Nadie respiró en ese instante. Nos miramos uno al otro, luego a la navaja, al asiento y de nuevo al otro, todo al unísono. Una sonrisa, casi animal, apareció en la cara de la mina.

Trabando el volante con el pie, se abalanzó sobre mí. La frené con la pierna, que lindo tajo me comí, y haciendo fuerza me deslicé hacia atrás. Agarré el revolver, jalando del gatillo, y para evitar terminar como

colador, ella sujetó el cañón y lo apuntó al costado.

Con la otra pierna le emboqué, lo mejor que pude, una patada en las costillas. Ya harta, se tiró encima de mí, empuñando el cuchillo. En la derecha tengo el mango de la pistola, en la izquierda la muñeca de la loca. Viendo la fuerza que me cuesta, y la fiereza de esta mujer puedo decir... *al fin alguien que vale la pena.*

La sonrisa que yo tenía, se esfumó cuando vi por el parabrisas. El volante...

Cuando recuperé la conciencia, estaba boca abajo en el techo del auto, con un zumbido en los oídos, varias cosas rotas y sin dudas algo está sangrando. Ni idea de Paulina, pero el parabrisas -ahora inexistente- me da una idea de dónde terminó.

Como pude, me arrastré por una ventanilla, y sujeté el vidrio roto más útil que tenía al alcance. Llegué a alejarme cómo un metro para cuando escuché jadeos, cerca del ex-frente del auto.

La loca se apoyaba sobre lo que queda del Fiat, hecha bolsa, con teléfono en mano y haciendo una llamada. *¿iCómo carajo sigue viva!?*

"... *por favor, no...* no tarden." Y colgó, tirando el teléfono por ahí. "Para cuando lleguen... todo será un caso de defensa propia."

"Te lo reconozco **mochilerito**, de todos los anteriores, sos el que mejor pelea me dio jamás. Hubiera sido más fácil meter tu ensangrentado cadáver al baúl y tirarte al lago más cercano como de costumbre, pero noo... *tenías que pelear.*"

"Te podría decir **exactamente** lo mismo." Escupí con odio.

Se rió a carcajadas una vez que entendió a qué me refería, sacudiendo la cabeza como si no se lo creyera del todo. De a poco me moví, pero ella notó lo que quería lograr. Alcanzar el revolver.

Usando el auto, se impulso hacia delante, tirándose cerca del arma. No sabría decir cómo, pero me paré sobre mi pierna 'buena' y le caí encima con un gruñido salvaje, clavándole el vidrio en el lomo.

Totalmente agotados, caímos rendidos en el piso, uno arriba del otro. Ni me molesté en sacarle el cacho de ventanilla, ni ella se molestó en usar el arma.

Para cuando nos dimos cuenta, las luces azules y rojas y las sirenas llegaban de la ruta.